

IPPOLITA
DOUGLAS SCOTTI

UN AÑO
MÁGICO

RITOS Y POCIONES
PARA TODAS LAS ESTACIONES

OBERON

PRIMAVERA	89
Rituales	104
Rituales de purificación exterior	104
Rituales de belleza	106
Rituales de purificación interior.....	107
Plantas para hacer hechizos, remedios y rituales.....	112
<i>Hechizo para elegir al amado</i>	116
Cristales y piedras	117
<i>Talismán de primavera</i>	120
Recetas mágicas.....	123

VERANO	129
Rituales	140
Rituales de purificación exterior	140
Rituales de belleza	141
Rituales de purificación interior.....	143
Plantas para hacer hechizos, remedios y rituales.....	147
<i>Hechizo para descubrir el mal de ojo</i>	151
Cristales y piedras	152
<i>Talismán de verano</i>	153
Recetas mágicas.....	156

INTRODUCCIÓN



*«El mundo está lleno de cosas mágicas
que esperan pacientemente a que
nuestros sentidos se agudicen».*

William Butler Yeats

Desde los albores de los tiempos, en todos los rincones de la tierra, se ha celebrado siempre el culto a la Madre Naturaleza con su eterno ciclo de nacimiento, muerte y renacimiento, en el que el tiempo va pasando al ritmo de las estaciones.

Observar la extraordinaria superioridad de la naturaleza ha desencadenado en el alma humana, desde el principio de los tiempos, la formación y consolidación de una espiritualidad impregnada de misterio y magia.

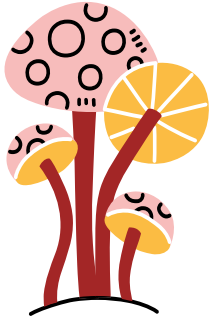
Los orígenes de esta espiritualidad se remontan a la segunda mitad del Paleolítico —hace aproximadamente medio millón de años— con el culto universal a la Madre Tierra. Identificada con distintos nombres en las diversas protoculturas paganas, con diversos significados que remiten al mito universal y primordial de la Gran Diosa, la Madre Tierra es la encarnación de la naturaleza que debe ser respetada y honrada, porque representa nuestra más preciada maestra de vida.

Seguir el paso de las estaciones dio origen al concepto cíclico del año y a la creación, en magia, de la Rueda del Año.

Celebrar las recurrencias de la naturaleza permite adquirir una mayor conciencia de los cambios exteriores, pero también de los interiores, regidos por energías sutiles.

Los rituales y preparativos de las celebraciones nos hacen partícipes de una cultura muy antigua y poética, donde el conocimiento de las hierbas silvestres, la íntima conexión con la tierra, el hogar y la protección de la familia eran el elemento fundamental de la vida. Todos estamos llamados a recordar, a reconectar con la naturaleza en un vínculo atávico que a menudo se nos olvida. Nuestra responsabilidad es vivir en armonía con nosotros mismos, con nuestro prójimo y sobre todo con la tierra, respetándola y protegiéndola. Seguir transmitiendo estas antiquísimas tradiciones es una necesidad, porque celebrar el ciclo infinito de la Madre Naturaleza con el cambio de las estaciones significa honrar la vida con su espiral cósmica. Y formar parte de ella de un modo armonioso, alegre y consciente.





OTOÑO

Según el antiguo calendario celta, el año iniciaba con el otoño. Es una estación de transición dominada por el elemento agua, ancestralmente relacionado con el reino del inconsciente, el fluir, el devenir y la purificación. Para presidir esta estación, los etruscos eligieron a Nethuns, el dios de las aguas, del cual derivó el dios del mar Neptuno.

El agua es la esencia de la vida, y en este periodo la naturaleza regala sus frutos.

El otoño representa los últimos momentos de la temporada de la cosecha, un tiempo para celebrar, dar gracias y hacer acopio para afrontar los meses de invierno. Pero también es un momento de introspección que induce a la soledad y a la reflexión.

En alquimia, el otoño está representado por la Obra al Rojo, la Rubedo, la última fase de la Gran Obra, la conclusión de las transmutaciones que culminan con la realización de la piedra filosofal. En astronomía, el equinoccio de otoño marca ese momento en el que el periodo diurno —es decir, el de exposición a la luz del sol— y el periodo nocturno son iguales. Desde el punto de vista del orden cósmico, la salida de las estrellas del invierno, las Pléyades, marca la supremacía de la noche sobre el día, de la luz que se oculta para recibir a la oscuridad. Los primeros días de octubre también son propicios para la vendimia y la purificación. Además, en todas las culturas, esta estación representaba el momento en el que se abría una puerta mágica al inframundo.



En las antiguas Fiestas romanas, estos días se dedicaban a la diosa de la fertilidad y de la agricultura, Ceres, y se celebraban con el *Mundus Cereris*. Seguían los *Dies Atri* (Días Negros), consagrados a los dioses Mani, durante los cuales se ofrecían libaciones a los muertos, que podían comunicarse con los vivos mandando presagios. La puerta a la ultratumba se cerraba después con una piedra redonda denominada *lapis manalis*.

El 11 de octubre se celebraban las Meditrinales, fiestas propiciatorias parecidas a las Bacanales en las que el vino de la nueva cosecha se consideraba una medicina.

Para los griegos, en los Misterios Eleusinos, el otoño era el periodo del año en el que Perséfone dejaba a su madre Deméter, diosa de la fertilidad y de la cosecha, para descender al reino de los muertos de Hades, su esposo y rey de los infiernos.

El otoño también era la estación en la que los antiguos egipcios, en la época de la crecida del Nilo —asociada al dios Hapi—, celebraban la Fiesta de la Abundancia, ya que el depósito de limo que dejan las aguas daba lugar a un terreno fértil listo para la siembra. Era una fiesta dedicada al mito de la muerte y resurrección de Osiris, identificado con un grano de trigo.



Los antiguos druidas celtas celebraban el equinoccio de otoño en los bosques sagrados, los *nemeton*, con una fiesta denominada *Alban Elfed*, que significaba ‘luz de otoño’ o *Alban Elued*, ‘luz del agua’, que marcaba un descanso temporal del trabajo en el campo. Estos guardianes de la naturaleza eran responsables del calendario lunar, custodios del «sagrado orden natural» y depositarios de los secretos de su arte. El mágico y misterioso lugar de Stonehenge, con su círculo de megalitos, es el *cromlech* (‘círculo de piedra’ en bretón) más famoso e impresionante que se conoce. Se utilizaba como observatorio astronómico; allí se reunían los druidas para celebrar los solsticios y equinoccios, brindando con hidromiel.

En Gales y en las tradiciones neopaganas, las celebraciones del equinoccio hacen referencia al mito celta de Mabon, dios de la juventud, la vegetación y las cosechas. En esta ocasión, a principio del otoño se quema un hombre de paja (el *Wickerman*), símbolo del dios, principio masculino fecundador.

El equinoccio de otoño se denominaba precisamente *Mabon* o «la Fiesta de los Fuegos» porque se celebraba a la luz de las grandes hogueras sagradas con las que se purificaba la tierra eliminando los restos de la cosecha. Era una celebración iniciática, destinada a buscar un nuevo nivel de consciencia: una entrada en el tiempo de la oscuridad para reflexionar sobre los misterios de la transformación a través de la muerte.

Las fiestas de la luna

En todas las culturas, desde tiempos inmemoriales, a mitad del otoño se celebra la Fiesta de la Cosecha, que coincide también con la luna más bonita de toda la estación. En China existe la Fiesta de la Luna, también denominada Fiesta de Mitad de Otoño (*Zhong qiu jie*), cuando la luna está especialmente luminosa porque se encuentra a la máxima distancia de la tierra.

Las celebraciones de la Fiesta de la Luna tienen un origen ancestral y religioso en todas las culturas, y se celebraban para desearse que la cosecha fuese buena.

En Japón se celebra el *O-Tsukumi*, que significa ‘admirar la luna llena’, una fiesta similar de origen chino.

La fiesta de los muertos

Un momento del otoño de grandísimo valor mágico y espiritual tiene lugar el último día de octubre, cuando se abre una rendija entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos.

Entre el último día de octubre y el primero de noviembre, el calendario litúrgico cristiano celebra la noche de Todos los Santos. La fiesta continúa durante el día para honrar a los muertos, en el que la gente visita las tumbas de sus seres queridos con flores y velas. Pero el calendario cristiano, como siempre, solo ha transformado ritos muy antiguos que caían justo en el mismo periodo.

En toda Italia existen celebraciones regionales con un fuerte sabor pagano. En Sicilia, la creencia popular es que en la noche de Todos los Santos los difuntos de la familia dejan regalos para los niños junto con frutas de mazapán, y los familiares vivos agasajan a sus muertos regalándoles unos dulces de clara de huevo grisáceos y durísimos llamados «huesos de difunto».



Los dulces de muertos como ofrenda a los difuntos se encuentran, con recetas parecidas, en todas las regiones.

En Piamonte se pone la mesa para los difuntos y se deja la lumbre encendida para que puedan calentarse.

La víspera de la fiesta de Todos los Santos, en Cerdeña existía la tradición de que los niños fueran pidiendo limosna de casa en casa.

En Nuragus se esperaba la visita de los pequeños *candelleris* preparando un cesto lleno de frutos secos, manzanas pequeñas, granadas, membrillos, uvas y pastelitos. En Campania, en los barrios populares, existía la costumbre de recorrer las calles con una cajita de cartón en forma de ataúd, llamada «u tavutiello»; y en Benevento se cuenta la leyenda de unas brujas llamadas la Janara, la Zoccolara y la Manolonga, que para la fiesta de Todos los Santos celebraban con desenfreno el *sabbat* bajo el imponente y ya abatido nogal de Benevento.

En el Salento, era una noche en la que las «striare», es decir, las brujas, se reunían para celebrar su *sabbat* en una gruta marina y así preparaban pociones, bailaban con el diablo y proferían con ira anatemas. Tenía lugar una ceremonia similar llamada aquelarre, debido también a las *sorginak*, las brujas vascas que solían reunirse esa noche en cuevas sagradas para provocar tormentas.

En Matera, la tradición dice que el 1 de noviembre los muertos bajan a la ciudad desde las colinas del cementerio con un cirio encendido, y que el 2 de noviembre las mujeres replican el llanto fúnebre en las tumbas. En las ventanas de las casas de la región de Friuli, se pone una vela encendida, un recipiente con agua y un trozo de pan a disposición de los muertos que regresan. También en Austria existe la misma costumbre. Es un modo de alimentar a las almas viajeras que pueden volver a la tierra ese día.

En algunas zonas del oeste de la Bretaña es costumbre preparar los *kornigou*, unos pasteles en forma de cuernos de ciervo que simbolizan al dios cornudo Cernunnos, que pierde su cornamenta antes de regresar al reino del más allá.

En la América anglosajona es costumbre exorcizar la festividad dedicada a los muertos con la fiesta de Halloween —contracción de *All Hallows' Eve*— con disfraces terroríficos y farolillos hechos con calabazas talladas. Aquí, sobre todo los niños recorren el vecindario disfrazados, llamando a las puertas con la amenaza del «truco o trato». Halloween deriva de la antigua celebración celta del Samhain, exportada por los colonos irlandeses a América.

El uso de los niños en todas las culturas para esta noche mágica está justificado por el hecho de que, con aspecto de gnomos o duendes, podían engañar más fácilmente a los espíritus vengativos del más allá.

El neopaganismo también bebe de estas antiguas costumbres celta-druídicas, y en esta fecha se celebra el *sabbat* del Samhain, que representa el comienzo del año y también la fiesta de los antepasados y los muertos, con la superposición del mundo terrenal y el mundo de ultratumba.

Este *sabbat*, que deriva del gaélico *samhuinn* y significa 'final del verano' (*summer's end*), simboliza el regreso de la naturaleza al seno de la Madre Tierra. La muerte es el tema principal de la fiesta, en sintonía con lo que sucede en la naturaleza. Durante el Samhain, las puertas de Annw, el reino de los muertos, y de Sidhe, el reino de las hadas, estaban abiertas, lo que permitía la fusión con el mundo de los vivos, donde los espíritus errantes vagaban por la tierra sin ser molestados. Tradicionalmente era una celebración que combinaba el miedo a la muerte y a los espíritus con la alegría de las celebraciones por el fin del año viejo.

